

- LOS INTERESES COMUNES DE FRANCIA Y MEXICO PUEDEN PERMITIR UNA COOPERACION MAS ESTRECHA Y FRUCTIFERA
- LA POLITICA AZUCARERA DE EUA Y LA ALIANZA PARA EL PROGRESO

Francia en América Latina

La presencia del general de Gaulle en México y la próxima visita que ha de hacer a otros países latinoamericanos, ha aado especial relieve al interés de Francia en América Latina, cada vez más evidente en los últimos años.

De tiempo atrás, se marcó con claridad en el ánimo de todos que la política francesa hacia América Latina tomaba su forma bajo un signo político a la vez que económico. Pero al paso de quienes veían con suspicacia el encuentro en la ciudad de México, salieron los discursos y declaraciones de los dos Presidentes, quienes subrayaron, usando expresiones categóricas, que la cooperación entre el pueblo francés y los latinoamericanos no ha de ser una alianza "contra nadie ni contra nada", y sí, en cambio, a través del beneficio recíproco y algunas coincidencias de intereses, una unión favorable en múltiples sentidos.

Después de todo, la idea de que Europa participe más activamente en los asuntos latinoamericanos ha encontrado en casi todas partes un aplauso unánime. La ayuda europea a nuestra región no sólo ha sido vista con interés, sino incluso solicitada expresamente en declaraciones de funcionarios del BID, de la OEA, de la ALPRO, etc. Y aunque de Gaulle no puede hablar por los Seis, es evidente que Francia ejerce una gran influencia en sus socios de la Comunidad Económica Europea, por lo cual resultan particularmente interesantes las partes de la declaración conjunta de los Presidentes en que se hace referencia a que "una economía poderosa y en proceso de expansión, como la de la Comunidad Económica Europea, ha de favorecer el desarrollo de los intercambios con la América Latina", y en que se reconoce que es deseable que ese organismo europeo entre en la vía de la cooperación con la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, para beneficio mutuo. Puesto que el Presidente de Francia no representa a la CEE ni el de México a la ALALC, no cabía esperar que de esta entrevista saliera un acuerdo de cualquier tipo entre ambos grupos regionales; pero resulta alentador observar la preocupación por vincularlos, por encontrar formas de cooperación entre los dos. Y parece, asimismo, muy atinado, que en estas conversaciones no se mencione el problema del comercio de los países africanos con la CEE, pues el supuesto peligro para América Latina que ese intercambio encerraba, cada vez parece más lejos de la realidad, en tanto que otros obstáculos, no considerados al principio, han tomado su verdadero perfil.

De otro lado, debe tenerse presente que Francia, al interesarse en la América Latina, no está haciendo otra cosa que reaccionar a las exigencias de los tiempos que corren y responder a sus propias necesidades de expansión. Francia —como Inglaterra, Japón o

Estados Unidos— necesita asegurar su participación en el mercado latinoamericano. Debe expandir sus exportaciones, está buscando oportunidades de inversión en el exterior, desea estabilizar su desequilibrio en el comercio exterior con algunas regiones, y en general, frente a América Latina en conjunto o frente a México en particular, está siguiendo la política tradicional de las grandes potencias en el exterior.

Francia tiene razones internas poderosas para dar mayor dinamismo a su acción en nuestros países. Si hasta ahora esa acción no respondía a planes generales, y se vinculaba normalmente a proyectos concretos no siempre adecuadamente coordinados ni estructurados orgánicamente, el clima que precedió al viaje del general de Gaulle se encuadra en el marco de una decisión consistente de actuar a largo plazo, en forma organizada, y con la vista puesta en el futuro. La iniciativa de Francia puede ser el comienzo de una operación en gran escala de los países europeos en la América Latina, la cual, simultáneamente, puede ofrecer un campo propicio a la expansión de las exportaciones europeas —de la cual se encuentran tan necesitados varios países de Europa— y a la vez contribuir al desarrollo económico de nuestros pueblos. Pero esta iniciativa, para que podamos alcanzar los beneficios que supone, exige una respuesta coherente de los latinoamericanos. Para recibir la ayuda europea, para negociar nuevos créditos, para aceptar en condiciones favorables inversiones europeas, para mejorar las condiciones de nuestro intercambio con Europa, es indispensable que nuestros países adopten, en el plano regional, una política comercial común, y en el plano nacional, medidas que permitan una planeación del desarrollo según la cual puedan producirse los cambios estructurales que necesita con urgencia nuestra región.

En el panorama desordenado del comercio mundial, mientras se agudizan las contradicciones entre los países industriales y entre éstos y los de menor desarrollo, la conquista de los mercados exteriores es una condición de supervivencia. La anarquía que de ello resulta —anarquía que parece caracterizarse por el predominio de los fuertes— trata de encontrar un cauce más ordenado en los organismos internacionales o a través de reuniones como la actual Conferencia de Comercio y Desarrollo. Pero en tanto que los buenos propósitos de éstos y otros intentos se convierten en hechos, es preciso aprovechar ciertas coincidencias entre grupos de países para hacer frente a la coyuntura del comercio mundial. Es el caso de Francia y la América Latina. Existen determinados campos —por no citar sino uno, el de la elevación de los precios de las materias primas y los cereales— en que Francia y América Latina tienen comunidad de intereses, en el terreno estrictamente comercial y económico, por no mencionar el histórico o cultural. Como medio para aprovechar la agudización de las divergencias entre los bloques y las potencias industriales, y para cambiar o atenuar el signo desfavorable de nuestros intercambios, la iniciativa francesa tiene cabida por su propio derecho.

En todo caso, es preciso considerar este problema en su contexto más general. Hace aproximadamente un año, cuando el debate sobre los peligros que el Mercado Común Europeo podría significar para nuestra región estaba en su punto álgido, dijimos en estas mismas páginas (Comercio Exterior, febrero de 1963): “Insistamos en que el mundo no empiece en París ni termina en Bonn y en que los problemas del comercio exterior latinoamericano no se circunscriben a los que empieza a plantear el Mercado Común Europeo. Hay que repetirlo para que no por tanto ensimismarse en las dificultades que surgen en Europa, se olviden o descuiden las que provienen de otras regiones. Y para que no se enfoquen las relaciones con los países de la CEE en forma negativa y desmoralizante. Y también, preciso es recordarlo, para que se tenga presente que el mundo no se encierra en la “Pequeña Europa” de los Seis, y, por consiguiente, ofrece gran diversidad de caminos para encauzar un comercio exterior dinámico y beneficioso. Para explotar esas posibilidades, para ver claro en las contradicciones de intereses en presencia y aprovecharlas con buen juicio, se requiere, antes que nada, salir de una vez por todas de la etapa de las lamentaciones y de los actos minúsculos y timoratos y adoptar, en bloque, con firmeza y soltando amarras paralizantes, una política resuelta y activa. Lo demás dará la ilusión de que se hace, cuando en verdad se está dejando que otros hagan de acuerdo con sus conveniencias, que no son las de América Latina en la mayoría de los casos”.

Si esto se dijo ante los peligros que amenazaban venir de Europa, hoy es preciso repetirlo para las perspectivas optimistas. Hoy como entonces, seguimos prácticamente abandonados a las iniciativas provenientes del exterior y nos demostramos incapaces de acordar una política común y de llevarla a efecto. Como se demostró en Alta Gracia, los países latinoamericanos apenas pueden lograr un acuerdo en los planteamientos generales y en las declaraciones de política, sin pasar más adelante. Hoy como entonces, y sobre todo cuando tenemos a la vista una iniciativa dinámica de gran alcance, como la del general de Gaulle; una iniciativa que puede representar, sin duda alguna, excelentes oportunidades para que viejos anhelos de diversificación e independencia cristalicen; una iniciati-

va que se celebra paralelamente a un esfuerzo mundial de gran magnitud para llevar cierto orden al comercio mundial; hoy, como entonces, resalta la urgencia de que los pueblos latinoamericanos coordinen su acción ante el exterior y tomen medidas internas que los capaciten para aprovechar la presente coyuntura.

¿Alianza sin Azúcar?

En vista del interés que tiene el tema para América Latina, publicamos el texto completo del editorial que, con el título de "No Sugar for Alliance" apareció en el "Journal of Commerce" de Nueva York el 18 de marzo de 1964.

“**L**AS diferencias e inconsistencias que caracterizan los diversos enfoques de dos o más dependencias federales (del gobierno norteamericano) en relación con un mismo problema, surgen de vez en cuando en asuntos de transportes, política de combustibles, aranceles y otros campos, pero rara vez de manera tan conspicua como las que ahora están aflorando en la esfera del azúcar, según lo atestiguan las posiciones de los Departamentos de Agricultura y de Estado, y en cierto grado la propia Administración, en torno a una propuesta actualmente pendiente en el Comité de Agricultura de la Cámara.

“De acuerdo con una solicitud del Departamento de Agricultura, la Administración pide que se permita a los productores norteamericanos de caña y remolacha vender en el mercado tanta azúcar como puedan desde ahora hasta terminar el año. Se estima que esta medida llevaría al mercado unas 500,000 toneladas de azúcar norteamericana durante los próximos meses, para ayudar a aliviar una situación de la oferta todavía algo estrecha en el país.

“Como medida complementaria, el Departamento de Agricultura ha decidido no solicitar a los productores extranjeros que provean 500,000 toneladas de azúcar cuya adquisición ya había sido autorizada por el Congreso.

“Es claro que el Departamento preferiría obtener el medio millón de toneladas (con un valor aproximado de Dls. 75 millones) de fuentes norteamericanas que de nuestros ‘amigos’ del exterior. El razonamiento oficial consiste en que al comprar en el exterior se elevarían los precios en el mercado mundial y se nos forzaría a pagar más por nuestra azúcar.

“Este argumento plantea algunas cuestiones. Por ejemplo, ¿cuánto menos pagaríamos, exactamente, si compramos azúcar nacional en vez de la extranjera? Después de todo, pagamos por mercancías extranjeras sobre la base de los precios internos.

“En todo caso, el argumento en favor de sustituir con azúcar norteamericana los abastecimientos extranjeros ha perdido en las últimas semanas buena parte del impacto que pudo tener en el pasado. Los precios mundiales del azúcar se están moderando y la última encuesta gubernamental proyecta abastecimientos de azúcar del mundo libre superiores en 500,000 toneladas a las estimadas unos meses antes.

“En consecuencia, debe considerarse otra cuestión de mayor trascendencia: ¿Cómo se compagina esta política de la Administración —y de hecho su actitud general— en materia azucarera, con nuestro tan divulgado esfuerzo llamado ‘Alianza para el Progreso’?

“Según entendemos, el Presidente Johnson, junto con el Departamento de Estado, se hallan firmemente comprometidos a hacer todo lo que puedan para conseguir que la Alianza funcione, a fin de elevar el bienestar económico y social de la América Latina. El documento constitucional de la Alianza contiene, entre otras cosas, el compromiso de ‘evitar el incremento de la producción antieconómica de bienes que pueden obtenerse bajo mejores condiciones en los países de menor desarrollo del continente, en los cuales la producción de estos bienes es una importante fuente de ocupación’.

“Existe un acuerdo general en el sentido de que el azúcar es un bien que puede producirse en América Latina a un costo considerablemente menor que en Estados Uni-

dos, aunque en estos momentos los precios internacionales son ligeramente superiores a las ofertas internas.

“Apenas hace unas semanas el Presidente Johnson y el Presidente mexicano Adolfo López Mateos firmaron un comunicado conjunto recalcando el deseo de ambos países de ‘eliminar prácticas discriminatorias y restrictivas’, en particular con relación a la exportación de bienes básicos producidos en América Latina.

“El azúcar es un producto básico de este tipo y la Ley Azucarera norteamericana podría describirse como ‘discriminatoria y restrictiva’. Nos gustaria saber en qué forma, si hay alguna, la política azucarera de la Administración es compatible con sus admirables expresiones de ayudar al comercio latinoamericano.

“Hace menos de dos años, la Administración hizo aprobar un proyecto de ley que redujo la participación extranjera en el mercado norteamericano de azúcar del 47 al 40% y dio a los proveedores extranjeros sólo un 35% del futuro crecimiento de ese mercado. En realidad, esto se hizo a raíz de la suspensión de los abastecimientos cubanos. Pero la decisión se tomó, básicamente, como resultado de la presión interna de los representantes de los agricultores norteamericanos. Los países latinoamericanos, aparte de Cuba, obtuvieron una mayor participación en el mercado norteamericano del azúcar de acuerdo con la Ley Azucarera de 1962, pero no fue un incremento básico tan grande como el de los productores norteamericanos —que operan a costos mayores.

“En ese tiempo, nadie hablaba, ni mucho menos justificaba esa acción, con base en la inminente escasez que pronto se desarrollaría en el mercado internacional del azúcar.

“Esta primavera, el Comité de Agricultura de la Cámara de Representantes revisará nuevamente las cuotas azucareras para el exterior. Probablemente, se harán sentir otra vez las mismas presiones que el Congreso soportó hace dos años en torno al incremento de la participación nacional en el mercado azucarero.

“La presión interna para obtener una porción aún mayor del mercado azucarero se fortalecerá si el Congreso se muestra de acuerdo con la solicitud del Departamento de Agricultura de suspender las limitaciones de ventas en el mercado interno (impuestas a los productores norteamericanos).

“No sería muy sorprendente que toda la cuota exterior fuera de nuevo íntegramente revisada. Fuentes latinoamericanas proporcionan el 60% de la cuota exterior total.

“Si se incrementa la participación interna a costa de las fuentes extranjeras, se obtendrán evidentemente algunos beneficios. Surgirían algunos nuevos empleos para ayudar a aliviar la desocupación en Estados Unidos y habría cierto ahorro en nuestra balanza de pagos, aunque no tanto como ciertas personas quieren hacernos creer. El comercio —debe siempre recordarse— es un camino de dos sentidos.

“Sin embargo, la reducción de la participación extranjera hará surgir nuevas dudas sobre la real preocupación de los Estados Unidos sobre la ‘explosiva’ América Latina y la medida hasta la cual estamos honestamente comprometidos en la Alianza para el Progreso. Será una medida en contra del creciente coro de expertos que insisten en que es comercio y no ayuda, lo que América Latina y otras regiones menos desarrolladas necesitan para crecer.

“Nuestros amigos del exterior quedarán, por lo menos, confusos. Algunos, con los cuales nuestras relaciones no sean tan amistosas, haciendo probablemente caso omiso de las sutiles diferencias de enfoque entre nuestros Departamentos de Agricultura y de Estado, podrán decir que las políticas norteamericanas son hipócritas y caprichosas.

“Mientras los funcionarios del Departamento de Estado están denunciando al Congreso por no haber respaldado hasta ahora el Acuerdo Internacional del Café y a la Corporación Internacional de Fomento, nosotros tendremos que llamar la atención a la Administración sobre el problema azucarero.

“El azúcar, tanto como el café y la CIF, pueden causarnos algunos momentos incómodos en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo que se celebra esta primavera, y en la cual más de 100 países tendrán delegados que pronuncien discursos, escuchen y tomen notas.”